



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

ÁNGEL GUIMERA



Todos sus dramas le dan
un puesto en fila primera.
Guimerà es una lumbrera
del teatro catalán.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—En el país vasco, por Eduardo Buelna.—Las personas, por Rafael Torromé.—Las barbas del vecino, por Francisco Flores García.—Bromitas campesinas, por Juan Pérez Zúñiga.—Mujerata, por Simón Delgado.—Preocidantes, por P. Serrano de la Pedrosa.—El amor, por Antonio de Montalbán.—Cásmes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

DRAMADOS: Ángel Guimerá.—El demohírc (continuación) por Gilha.



DESDE ESPINHO

Ahora caigo en la cuenta de qué no he descrito esta playa, ni he hablado de su historia, de su posición, de su industria manufacturera ni de las costumbres de sus habitantes.

Otro, en mi lugar, ya hubiera llenado las columnas de MADRID CÓMICO con larguísimas descripciones, como suelen hacer esos jóvenes periodistas que van á Guadalupe á ver á un tío, y aprovechan la ocasión para exhibir sus conocimientos geográficos é históricos. Hay hombre que va á San Sebastián, y lo primero que hace es decirnos que la ciudad está situada al Norte de la Península y que los habitantes son de un natural sencillo al par que afectuoso, que su lengua nativa es la vascuence y que usan boina para andar por casa.

Muchos se dedican á describir á Galicia, como si la hubieran descubierta, y más que bañistas parecen exploradores valerosos, á lo Serpa Pinto. Yo no soy de esos, yo estoy aquí hace veinte días y todavía no sé quién ha sido el fundador de Espinho, ni cuántos habitantes tiene, ni á qué se dedican ni lo que comen. Lo único que he podido averiguar es que se lavan los domingos únicamente, y el resto de la semana andan por aquí con la faz teñida como si se la hubiesen rebozado en harina de centeno.

Para reconocer á una persona hay necesidad de rasparla antes con un cuchillo, ó meterle la cabeza en la palangana para ablandarle y que suelte el tinte.

La amabilidad es la nota saliente de estos habitantes. Todos se quitan el sombrero respetuosamente para saludar á los bañistas, sobre todo cuando esperan obtener algún beneficio.

Yo tuve un panadero que empezó por servirme bien y me daba un pan excelente; pero llegó un día en que me trajo panecillos de piedra pómez, y le dejé cesante.

Mientras fué mi panadero de cámara, no hacía más que verme y ya se estaba quitando el sombrero, y me llamaba *excelencia* y me dirigía sonrisas cariñosas. Desde que he prescindido de sus servicios, me encuentra en la calle y vuelve la cabeza para evitar mis miradas, y sé de buena tinta que me aborrece y desea mi exterminio.

El otro día supo que me había hecho daño un poco de langosta, y el hombre se sentó á la puerta de mi casa para ver si me moría y estuvo diciendo á mi criada que ojalá me llevasen todos los demonios.

Poco á poco va animándose esto; pero aún no encienden los faroles de las calles ni se persigue á los perros. Hasta que vengan todos los bañistas, careceremos de alumbrado público y estaremos en peligro de que nos devoren los perros. Los hay á centenares, y cerca de mi casa vive una perra que debe de ser peselosa, á juzgar por el número de adoradores que la persiguen. En cuanto anochece, ya están éstos ladrando amorosamente delante de sus balcones, y poniendo en alarma al vecindario.

Hay quien no puede pegar ojo en toda la noche, como le sucede á D. Simeón, que es un maestro de obras madrileño y oriundo de la calle de la Comadre, el cual D. Simeón, cansado de dar vueltas en la cama, salió á la calle armado con un revólver y empezó á disparar tiros, pero todo fué inútil.

Lo de los tiros llegó á noticia del gobierno, y hoy D. Simeón es vigilado de cerca, y ya le llaman aquí, *o espinho! terrico!, o terror dos casa*, y otra porción de cosas á cual más terroríficas.

La señora de D. Simeón está temblando, porque el mejor día á él le prenden los guardias y ella se queda sola en el mundo.

Ya nos lo decía ayer:

—Como mi esposo tiene este genio tan fuerte, nada tendrá de particular que cometa cualquier locura. Yo no quería venir al extranjero, porque conozco mucho á Simeón, y sé que es capaz de todo. Cuando nos registraron los baúles en la frontera y vió que los carabineros portugueses se apoderaban de nuestro botijo creyendo que era una bomba de dinamita, Simeón no se pudo contener y le clavó los dientes á un cabo en una oreja. Ahora, con esto de los perros está furioso, y como no puede desahogarse, el día menos pensado se arroja por el balcón ó mata un perro lusitano y tenemos un conflicto internacional.

Aparte el concierto nocturno de los perros que no nos deja descansar, tenemos el sonsonete de los mosquitos, que cantan en portugués y levantan roncha.

Ayer se presentó en la playa una señorita de Barbastro con toda la nariz llena de bultos, á consecuencia de los mosquitos.

—¡Jesús! ¡Cómo viene usted!—le dijo otra señora.

—Yo no sé qué hacer con esta nariz—contestó la interesada.

—Úntesela usted con un poquito de cerato al tiempo de acostarse—añadió otra de las bañistas.

—Póngale usted una funda—dijo un sacerdote extremeño que se ha traído los hábitos y la teja y está causando la admiración de estos vecinos.

Como medida higiénica, la señorita se envolvió la nariz en un pañuelo para evitar el aire marítimo, y esta noche le van á hacer una operación con un sacacorchos.

El sacerdote español no prescinde de sus hábitos, y el hombre suda el quilo.

—¿Por qué no se viste usted de paisano?—le preguntan; y él responde:

—Porque quiero huir de todo lo que es mundano y pecaminoso. El día que me quito la sotana parece que me falta la respiración. Yo, por mi gusto, dormiría con casulla.

Es hombre tan sumamente religioso que no quiere comer pichones porque se acuerda del Espíritu Santo y sufra. Por nada del mundo prescinde de su carácter religioso, y para bañarse se pone el bonete.

La temperatura aquí es deliciosa.

Por la tarde sopla el viento Norte, que ya nos refresca demasiado; las señoras se envuelven en sus gabanes, como si estuviéramos en Noviembre, y hay quien por la noche pone dos mantas en la cama, ó bien duerme con un amigo.

LUIS TABOADA.

EN EL PAÍS VASCO

Simpático Sínesio,
que en mi Madrid te quedas,
cuidando el tuyo CÓMICO
que es parte de tu hacienda,
pasando esos calores
de día con tus cuentas,
de tarde con tus coplas,
de noche con tus piezas,

pues ves en el proscenio
falta algunas de ellas,
y al par de Luisa Campos
la gracia y gentileza:

Aquí por fin me tienes
corriendo en vasca tierra,
pasándome por *suñis*
propter amorem suum.

¡Qué vida, buen Sínesio,
la vida de la aldea,
viendo dorado el trigo
que pide ya la siega!

viendo á los tardos bueyes
cruzar las anchas eras,
guiados por las voces
de campesinas *éskaras!*

Con boina hay Cincinatos
que en paz aquí cosechan,
hartos de tristes glorias
de las civiles guerras.

Y así, sin rey ni Roque
que en armas los mantenga,
su *dego* es hoy el árbol
con que el hogar calientan.

¡Qué valles tan hermosos!
y qué montañas éstas!
¡Qué dulce poesía
la de sus blancas nieblas!

¡Cuál se alzan y evaporan
sobre la cumbre escueta,
espíritas que aspiran
á la celeste *esfera!*

— ¡Adiós! Llegó la prasa,
Y a la campana suena
que llama al refectorio
desde las doce y media.

Bañistas de ambos sexos
bajan las escaleras,
despierto el apetho
por duchas de agua fresca.

¡Qué vamos van algunos
luciendo ricas prendas!
Vamos, á mí, en el campo
las galas me revientan.

Ni pienses que el zofre
aquí las clases mezcla;
que todos fraternizan
en la redonda mesa.

No, la *tabla redonda*
de gala de otras épocas;
hoy es de *cuatro esquinas*
para familias saetas.

Ese es el *clér*, el tono,
la gracia de la *corona*,
y yo como estos postres
con gente *súdi burgueso*;

y, si hallo en la alegría
la sal de la franquiza,
no afligirán mi estómago
terrores de dispepsia.

Voy, pues, á la *redonda*,
pues la campana suena,
y luego á solazarme
por las *campañas éscasas*.

EDUARDO BUSTILLO.

LAS PERSONAS

Todos cuidaban de mi persona;
gustos y honores sacié á granci;
cuñó mis sienés una corona,
y me llamaban la *niña mono*
de los *marqueses de Pimentel*.

Viví cercada de aduladores,
siempre ignorante del bien y el mal,
como en la estufa crecen las flores,
faltas de jugos y de colores
mirando el mundo tras un cristal.

En Pau y en Niza pasé mi infancia,
junto á mis padres volví después,
y en siete años aprendí en Francia
á hacer saludos con elegancia,
tocar el piano y hablar francés.

Más tarde supe que yo era hermosa,
y á mi hermosura culto rendí.

Yo era una imagen, yo era una diosa,
y hasta en el templo miré orgullosa
que me adoraban también á mí.

Mas ¡ay, cuán vanas y pasajeras
fueron las causas de mi ambición,
cifradas todas en mil quimeras,
en ser el pasmo de las carreras
y en ser la diosa del *cotillón*!

Mi cuerpo hermoso, lleno de hastío,
ni vió la vida ni supo amar;
yo era la caña, tallo vacío
que altivo enhiesta su tronco frío,
ca donde el viento silba al cruzar.

Un viejo noble me hizo su esposa;
pidió mi mano, mas no mi amor,
pero á su lado viví dichosa,
porque en mi vida no amé otra cosa
que el dulce arrullo de mi esplendor.

Nunca mis carnes se conmovieron
á los enojos ni á la piedad,
que, aun siendo hermosas, tan vanas fueran
que mis entrañas se resistieron
á la fecunda maternidad.

Cuando las galas de mi hermosura
fueron perdiendo su lucidez,
y el tiempo aciago, con mano dura,
dió á mis cabellos triste blancura
y sus carmines robó á mi tez,
acudí al templo todos los días,

fué mi elemento la religión,
gasté caudales en obras pías,
y presidiendo mil cofradías
tuvo mi orgullo nuevo sílen.

¡Y á esto le llaman *una persona*,
un ser humano, Dios de Israel
¿De qué ha servido la *niña mono*
de los *marqueses de Pimentel*?

RAFAEL TORROMÉ.

LAS BARBAS DEL VECINO

Aunque soy enemigo de cuestiones, voy á meterme en la cuestión social.

Tal se va poniendo la cosa, que ya es preciso decir:
—No empujar, señores... digo... compañeros.

Creo que en lo general la clase obrera está mal y que tiene razón en querer estar bien.

Lo mismo nos pasa á muchos que no tenemos el honor de pertenecer á esa clase.

El procedimiento de la huelga me parece negativo y creo que, en fuerza de usarle, puede llegar un día en que sea perfectamente inútil... porque no haya contra quién *declararse*...

Pero, en fin, allá ellos; que no es ése, ni mucho menos, el motivo de este artículo.

Confieso que, siguiendo atentamente la marcha de esa cuestión palpitante, tuve una regular satisfacción cuando lei la noticia de que los *canteros* se declaraban en huelga.

Hasta hubo de decir: «No hay mal que por bien no venga.»

Corta fué mi satisfacción, que así son ¡ay! las dichas de este pícaro mundo.

Los que yo creía *canteros*, es decir, *constructores de cantos*, resultaron, sencillamente, *picapedreros*...

Entendía yo que así como los hombres de letras han venido á llamarse *letrados* (á última hora), los *autores* de poemas, en cantos, ó de *cantos sueltos*, habían adoptado, por la misma regla de tres, la denominación de *canteros*.

Y lo que era más bello todavía: que se declaraban en huelga.

Los *hechos* me han demostrado el error en que estaba. Los *picapedreros* andan todavía en dimes y diretes con sus patronos respectivos; pero los *canteros* continúan su jamás interrumpida tarea con una asiduidad digna de mejor causa...

Lo que me sacó de mis casillas fué la *barrabasada* de los *barberos*, que no *peluqueros*, como dice la generalidad, puesto caso que el afeitar, cortar ó rizar el pelo y recortar la barba no sé que tenga nada que ver con la industria de *fabricar* pelucas.

Los *barberos* principiaron, siguiendo la moda dominante, por pedir menos horas de trabajo... y no sé qué otras cosas.

Tuvieron sus reuniones, sus conatos de huelga, y al fin creo que consiguieron algo en lo tocante á las horas de trabajo.

Rodó la máquina del tiempo—que diría un novelista *novelisco*—y los dueños de barberías (que no *peluquerías*) cayeron en la cuenta de que ellos también debían molestar al público (puesto que ahora eso está en moda), y al efecto acordaron, *porque sí*, subir inconsideradamente los precios de todos y cada uno de los servicios que prestan sus dependientes.

Los vendedores de pan, de carne ó de otro *artículo* sujeto á contingencias explican á su modo, pero siempre con algo de lógica, la subida del precio de sus géneros respectivos. No ha llovido á tiempo, ó no hay pastos para el ganado, etc., etc.

Los dueños de barberías no dieron ninguna explicación: no podían darla. Si antes podían vivir (y ahora también) con los precios *antiguos*, y las barbas y el pelo del vecino son hoy lo mismo que ayer, ¿en qué se fundaban esos apreciables industriales para *alterar* tan bárbaramente los precios?

En... eso: en que había llegado la hora de molestar al público: pero no contaron con la huéspedada, digo... con los huéspedes, más claro, con los oficiales. Esos obreros en *pelo* no tardaron en dar una carrera en *ídem* á sus *principales*.

Con la natural irritación que produjo en el *parroquiano* tan atroz é injustificada subida, se mermó de modo alarmante la propina del oficial.

Y el oficial, multiplicado hasta el infinito, dijo al propietario, que trataba de *dividirle*:

—Alto ahí. A medida que baja la propina, necesito yo que suba el jornal.

Y el egoísmo del patrón, manifestándose *esplendoroso*, hubo de replicar:

—Prefiero que vuelvan las cosas (los precios) á su punto de partida.

Y volvieron, efectivamente.

Los dueños de barberías han demostrado dos cosas: primera su egoísmo avaricioso al quererlo todo *para sí*, y segunda, lo injustificado de su determinación al subir los precios, toda vez que al presente (como en el pasado) viven bien, cobrando el 50 por 100 menos de lo que querían cobrar.

Si eso no es *tirarse una plancha*, que venga Dios y lo vea—aunque creo que no vendrá.

Mientras rigió la ya muerta y olvidada tarifa, hubo verdadero pánico entre una gran parte del *género* barbado y peludo.

Se pensó seriamente en resucitar la moda de la corte de Felipe IV, ó bien *apelar* á la redicilla de nuestros abuelos, al objeto de cortarse el pelo por semestres, á lo sumo.

Los que usan barba rematada en punta y cuidadosamente recortada planteaban el dilema siguiente:

—O poner de moda el varonil desaliño que abandona *las cosas* á su natural crecimiento y lógico desarrollo, ó *sacrificar* la barba en aras de la economía,—teniendo en cuenta que el afeitar sólo había *subido* cinco céntimos, que podían cercenarse (como se verificaba) de la propina.

Muchos principiaron á *recortarse* ellos solos, y algunos trataron de enseñar á sus criados á tomar... digo... cortar el pelo.

Afortunadamente se conjuró el conflicto; pero no hay que dormirse en las pajas. Rumor siniestro de próxima conjura llega á mi oído, y por eso trato—al parecer á deshora—tan *pellagruña* cuestión.

Los patronos tienen aún la miel en los labios, los *barberos* velan... y hay que estar *apercibidos*.

Todo podrá arreglarse—si llega el caso—con la siguiente variación del antiguo refrán:

—Cuando las barbas del vecino veas recortar á dos reales, compra una buena navaja...

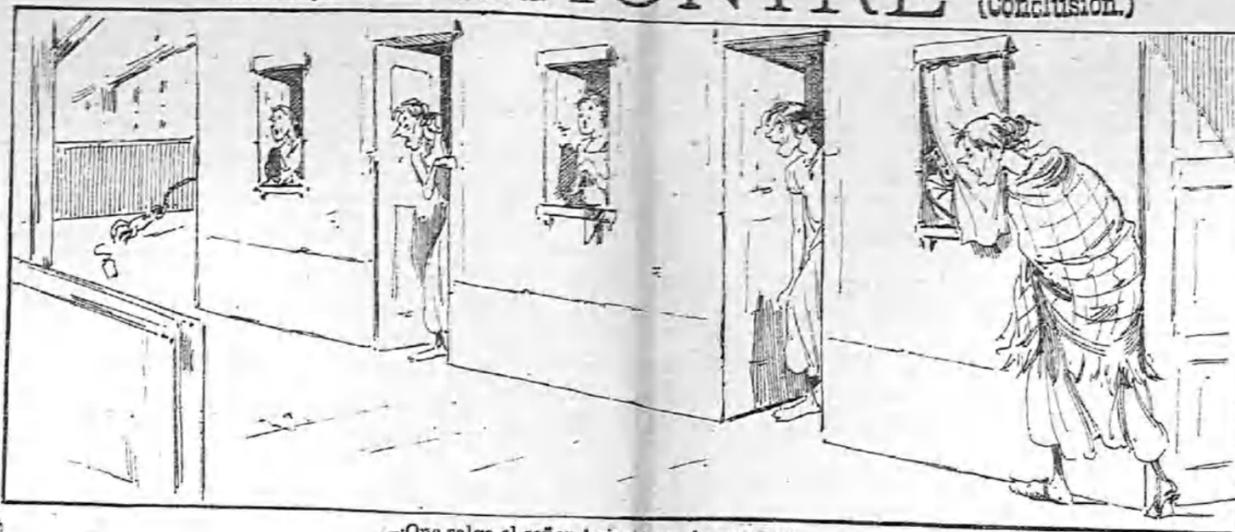
¡Y sea lo que Dios quisiera!

FRANCISCO FLORES GARCÍA.

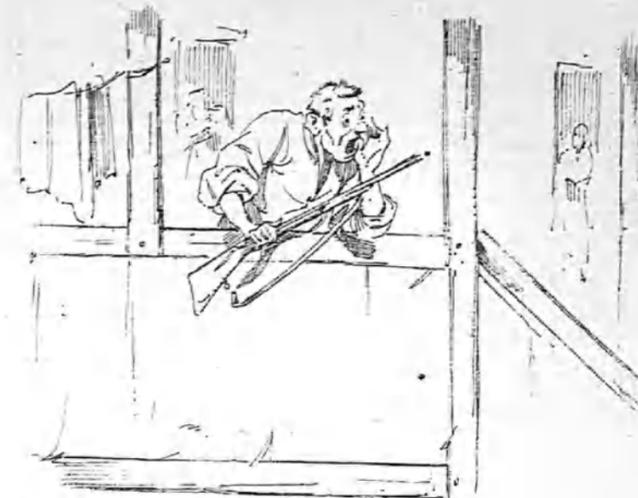
EL DEMONTRE (Conclusión.)



—¡Vecinos! ¡favor! ¡que me cogen!



—¡Que salga el señor Aniceto con la escopeta!



—¡Serenooooo!



¡Piiiiii...



—Que aquí, en el 24, hay un alborotu comu yo non le he vistu en la vida.
—Entonces hay que avisar á la fuerza pública.



—Sí, señor; ¡es el demonio! La Juliana le ha visto; tenía un rabo muy largo, ¿verdá? y hacía un ruido muy grande con las cadenas.



—Con precaución, ¿eh?



—Por aquí, por aquí, por aquí...



—¡Aquí está!



—¡Si no es el diablo! ¡Si es mi padre!

BROMITAS CAMPESTRES

(A MI CARA PRIMA JACINTA PÉREZ)

Apreciable prima mía
Desde luego aceptarás
te convites, pásas doman
le á estar contigo en día
en tu quinta de recreo;
porque la quinta es muy buena,
y sobre todo muy sana
y está de atractivos llena,
tanto al nacer la mañana
como después de la cena;
pero, la verdad, me asusta
que á tu posesión asista
tanto estúpido bromista,
pues aunque eso á tí te gusta,
no hay mortal que lo resista.
Mira que el año pasado
conseguieron tu cuñado
y un primo de tu marido
que yo volviera molido
de tu casa y quebrantado.
¡Lo que habiste de luchar
sin poderlos contener!
¡Bien me hicieron padecer
con su genio singular
los malditos de cocer!
¡Recuerdas lo que inventaron
y las diabluras que hicieron?
¡Te acuerdas de que me ataron
al catre y encima echaron
todo el trigo que pudieron?
¡Te acuerdas de que en mi capa
derramaron una copa
convirtiéndola en un mapa,
y que echaron en mi sopa
medio kilo de jalapa?
¡No recuerdas que el pelmazo
de Francisco y otro mozo,
á manera de bromazo,
tras de darme un estacazo
me metieron en el pozo,
en tanto que, en un rincón
y en medio de una explosión
de risas, otro pillín

me quemaba en pantalón
qué dejé en el malecón?
No vuelvo, pues, á tu lado,
y eso que me han afirmado
que yo por fortuna he sido
el que mejor ha salido
de cuantos te han visitado;
pues á un huésped delgaducha
que solía dormir mucho
y roncaba á *breche y avelar*,
le partieron una noche
la nariz con un serrucho.
Estoy, pues, tan escamado
que, aunque me des un *hufido*
y me llames delicado,
renuncio á venir tullido
cual vine el año pasado.
Con tus convites me irritas,
porque á la vez que me invitas,
la verdad es que matas.
¡Canario con las bromitas
de las gentes mentecatas!
¡Que es el campo mi elemento,
y que al campo en un momento
me dirija yo? ¡Qué espanto!
Sé cuál es tu pensamiento:
que me vaya al campo... santo.
Mucho di, según mi cuenta,
para librarme ¡oh Jacinta!
de la quinta del ochenta,
y hoy daría yo mi renta
por librarme de tu *quinta*.
Mas te juro sin ambages
que, aunque tras fuertes cerrojos
pusieras á esos salvajes,
no me verían tus ojos,
que cuestan caros los viajes,
y no tengo ni un botón,
y ahí tienes ¡voto á Satán!
la verdadera razón
de que á tu agreste mansión
no vaya tu primo

Juan.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

MINIATURA

Enamorado Juan inutilmente
de una chica muy guapa y muy devota
que revelaba en la mirada ardiente
dulces misterios de pasión ignota,
tenaz la perseguía
refrenando el deseo con paciencia
y viendo deslizarse la existencia
de sermón en novena y letanía.

Y nada, ¡siempre nada!
nunca pudo saberse de seguro
si el misticismo aquel, constante y puro,
era disfraz de un alma apasionada.

Sólo quedaba á Juan como consuelo
vaga esperanza de ganar el cielo.
—Pues señor, se decía, es muy hermosa,
pero es impenetrable como bella...
¡No me falta que hacer más que una cosa!
¡Hacerme cura y confesarla á ella!

Y ha empezado á estudiar el inocente
sin vocación ni cosa parecida,
y el chasco será atroz. La penitente
ha de ser como todas, ¡y en seguida
le va á contar al cura lo que siente!

SINESIO DELGADO.

PRECOCIDADES

Yo soy, para servir á ustedes, un soltero precoz.
Así como llamamos niño precoz al que tiene cosas de adoles-
cente, así también deberíamos llamar joven precoz al que tiene
cosas de hombre, hombre precoz al que tiene cosas de viejo, y
viejos precoces á los más añacosos y que tuviesen cosas *vedad-
erías*.
Pues bien, yo me tengo por un soltero precoz, pero que conoz-
co bastante de la vida conyugal, si bien la conozco sólo de oídas,

sin que pueda decir siquiera de oídos, porque no es más que una
oreja la encargada de ilustrarme.

Es el caso que he venido á vivir tabique por medio de un ma-
trimonio.

Antes de seguir con mi cuento debo advertir que en él brillan
la moral más pura, la inocencia más perfecta y la palidez más
claro-anémica. ¿Estamos?

En prueba de ello, me niego terminantemente á precisar de
qué tabique se trata.

Mi despacho corresponde al despacho de mi vecino, la sala de
mi casa á la sala de la otra casa, mi comedor al comedor de mis
vecinos, y así todas las piezas de ambas casas: de manera que el
lector aficionado á descifrar jeroglíficos puede echarse á buscar
el tabique en cuestión, seguro de que antes lo adivinará él que
yo revelárselo.

Otra prueba de la moralidad de mi cuento es que no se trata
de un matrimonio *á la viridé*, sin temor de Dios, falto de buena
armonía (sin h, aunque me cuezan) y en disposición de dar ma-
los ejemplos.

Todo lo contrario: son dos cónyuges que se llevan muy bien,
muy requetebién, á veces un poquito demasiado requetebién.

Pero esto á mí no me importa: mi objeto es consignar que se
trata de personas decentes: tanto que la conversación que sostie-
nen á la hora en que él se retira se puede recitar en las esqui-
nas sin escándalo de nadie.

Todo se reduce á la bobada de que un soltero ha llegado á
averiguar antes de tiempo, ó si se quiere precozmente, que las
señoras tienen dos modos de despertarse cuando entra en casa
el esposo: y estoy tan hueco por mi descubrimiento, aunque en
sí nada vale, que no resisto á la vanidad de hacerlo público.

No es que yo extrañe la natural alarma de ustedes: también yo,
al tener la primera noticia de la proximidad de el tal matrimo-
nio, puse la cara hosca, muy hosca, y aun pensé en mudar de
cuarto; que á tanto llegan las preocupaciones y tonterías de un
soltero.

Pero no hice la mudanza aquel día ni en todo el siguiente,
pensando que era cosa de volverse loco eso de echarse á buscar
cuarto, probando la sonoridad de los tabiques y huyendo de la
vecindad de matrimonios.

Al día tercero me armé de filosofía, porque está demostrado
que la filosofía es mala conductora del sonido, como lo prueba
un amigo mío que, puesto á filosofar, necesita que le hablen con
bocina—¡la sopa está en la mesaaaa!—para salir de sus medita-
ciones y entrar en el comedor.

Y, como digo, recordando que la filosofía es una especie de
sordera, me hice filósofo.

El cuarto día tuve que salir de Madrid.

El quinto me acordé de mis vecinos y resistí los impulsos de
la curiosidad.

Y habiendo satisfecho ya con esto mi conciencia y mi deco-
ro, el sexto día pegué el oído al tabique.

Por cierto que no pude descansar el séptimo y volví á pegar el
oído. De tan insensible manera comienzan los que en nuestra
misera organización llegan á ser hábitos inveterados.

Y ahora, precipitemos los sucesos:

—Catana... (*la mujer se llama Catalina*), Catana... Ca-ta-na...

—¿Qué quieres, hombre?

—¡Toma! que te despiertes.

—¡Eso es, vaya una consideración! Cuando me estoy murien-
do de sueño. Ahí lo tienes todo, las zapatillas, el libro y el pe-
riódico. Déjame en paz, porque no sabré siquiera lo que te con-
testo.

Y ¡cataplum! silencio profundo y se acabó el primer modo de
despertarse de la señora de mi vecino.

No espere el lector que yo haga comentarios: el asunto es ton-
to y los comentarios no tendrían nada de discretos.

—Catana...

—¡Ay! ¿Eres tú? Estaba deseando que vinieras.

—¿Por qué?

—He tenido unos ensueños atroces...

—Pues ya se acabaron: ahora estoy aquí (*bostezando*) y dormi-
rás tranquila.

—Es posible. Aunque tú no sabes qué mala me he puesto con
tanto disparatar.

—¡Bah! (*vuelve á bostezar*).

—Oye! ¿Has visto qué *bombo* le da *La Correspondencia* á Santi-
báñez?

—¡A Santibáñez!

—Sí, hijo, un *bombo* fenomenal: Santibáñez por aquí, Santibá-
ñez por acá... parece que no hay en el mundo otra cosa más que
Santibáñez.

—¡Mamarracho!

—Eso he dicho yo. Ya querría él pintar como tú pintas.

—Es un majadero.

—Yo creo que el mal humor que me ha dado al leer el *bombo*
ha tenido la culpa de mis malos ensueños.

—¡Pobrecilla!

—Ahí tienes el periódico...

—No: no quiero leer.

—Ya ves qué tonto. Por supuesto que ése es un cuco que sabe
vivir y anda siempre arriba y abajo con un ciento de amigos;
y así le dan esos *bombos* que le ponen en las nubes.

Como ve el lector, los dos modos de despertarse de mi honra-

dísima vecina no tienen nada de particular, absolutamente nada.

Y no se diga que yo callo otros modos ó que yo dejo de escuchar alguna vez, porque no es verdad.

No tiene otros y se repite con tal monotonía que yo he llegado á conocerlos con sólo escuchar la primera palabra, y me digo en seguida:—Esta noche toca morir de sueño.

O me digo en otro caso:—Esta noche toca el *lombo*.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

EL LUNAR

CUENTO

Cuentan que en Andalucía, que es el país de los cuentos, en un lugar cerca de Úbeda y de sus famosos cerros,

había una barbería con un tan hábil barbero que es á quien se le atribuye «cortar en el aire un pelo.»

Según todos los autores que han escrito del suceso, era algo corto de vista el Fígaro de mi cuento.

En el nombre ya difieren prosistas y romanceros; unos dicen: «señó Paco,» y otros dicen: «señó Pedro.»

Y como ya no es posible poder llegar á un acuerdo, de los dos nombres citados, con el segundo me quedo.

Pues señor, ocurrió un día que entró en casa del barbero un mocetón arrogante, bien plantado y mejor puesto, el cual mozo no tenía de raro en todo su cuerpo más que un lunar retorcido en el carrillo derecho.

Estaba desocupada la silla del «señó Pedro,» y en ella se sentó el mozo.

—¿Qué va á ser?—Afeitarse.—*Guano.*

No hablaron más por entonces el cliente y el barbero; sucedió á lo dicho un rato de *varísimo* silencio.

Fué preparando los chismes con parsimonia el maestro; frotó un poco la navaja sobre el resobado cnero;

probó lo suave del filo sobre la uña del dedo; después, del bigote hirsuto se arrancó con fuerza un pelo, le sopló, fué por el aire, le dió un golpe con acierto, y quedó partido en gala como el rubí de aquel genio.

Llenó de jabón al punto la cara del caballero, y diciendo: «Con permiso,» á afeitarse dió comienzo.

De pronto, el mozo dió un salto, pegó un grito como un trueno, dijo: ¡mi lunar!... ¡malhayal!... ¡me caso con!... y volviendo

la diestra mano con ira, dió tal pañada al barbero, que de tres que le quedaban fueron dos muelas al suelo.

Pasaron años, y siempre que afeitaba el «señó Pedro,» antes de empezar, decía:

—¿Túé usté lunar, cabayero?

ANTONIO MONTALBÁN.



Como no tenemos otra cosa de que hablar, pasamos el rato haciendo comentarios sobre la comida de los embajadores marroquíes.

Tantos pollos, tantos pichones, tantos corderos... El objeto es abrir el apetito á las clases menesterosas.

Y al fin, van ustedes á ver cómo no arreglamos eso de las fronteras de Melilla.

—¿Eres bella y has dado en la manía de frecuentar los bailes noche y día? Sé que tienes talento y creo en tu virtud, pero ¡lo siento! ¡Dios te salve, María!

—Y bien, ¿qué resultó?

—Que fué vencida.

—Lo celebro y te doy la enhorabuena.

—¡Crúel!

—No, por mi vida; que el temor de caer causa más pena que la misma caída.

EDUARDO DE GURRUCHAGA.

Para que no se diga que no hemos salido de Madrid este verano, fuimos y nos plantamos en Guadalajara el domingo último. No estuvimos allí más que una noche, pero todo es veranear!

Y mire usted qué coincidencial como dice don Magín de los Trucos en *Pedro Sánchez*, resultó que aquella noche se estrenaba por la sociedad *El*

Liceo una obra de nuestro amigo Fernando Manzano, el autor de *Las dotes y medas y sereno*...

¡Cómo! dirán ustedes, ¿Manzano ha ido á estrenar una obra en Guadalajara?

¡Sí, señores, una pieza muy linda que se titula *Noche de estreno*, que gustó mucho y que fué perfectamente interpretada por las señoritas y caballeros de la sociedad!

A nosotros nos trataron á cuerpo de rey, y el señor presidente del Liceo, que es una persona muy amable, nos regaló unas cajitas de bizcochos horrachos...

¡Vaya! que mejor no lo hubiéramos pasado en Biarritz.

Si ocupas el infierno el infinito
y fueran al infierno las coquetas,
y el demonio no abriera sucursales,
¡era chico el infierno para ellas!

VICENTE DÍEZ DE TEJADA.

Leamos:

«A petición de su esposo fué llevada ayer al juzgado de guardia la esposa del mismo...»

¿Quién?

«La esposa del juzgado de guardia»

¡Dos mujeres juntas
sin hablar palabras!
¡De seguro tienen
algo en la garganta!

ALFREDO LÓPEZ.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Jui-Benig.—Se publicará.

Un aficionado.—No me parece éste el sitio más apropiado para dedicar sonetos á Ruiz Zorrilla. ¡Huyamos de la política como del fuego!

Chapulin.—Nada, no puedo menos de publicarla íntegra, para solaz del género humano.

Pensamiento.

En una clara mañana
de esas de primavera
llevando en la espalda una canana
y una escopeta en la vera
y delante de cuero una mochila,
(¡Cielos! ¡La mochila delante!)
un soldado caminaba
con un paso muy ligero
y hacia la campaña marchaba
acompañado de un perro.
¡Ay! pensé al verle
ahora te vas tan contento
y sin miedo al fuego tenerle
y luego te traerán muerto.

¡Bravo! ¡Eso merece la flor natural en los Juegos florales!

Sr. D. L. M.—Plasencia.—El caso es que no hay tapas, y como es de suponer que la encuadernación de usted no sea igual á la que usamos, no podemos admitir el cambio.

Tres vers.—Por no estar, ni bien medidos están los versos siquiera.

Candidito.—Y digo lo mismo, porque:

«¡sí á mis plantas te veo desfallecido»
«un ¡ay! el acento postrero de un rugido»
no son versos endecasílabos en ninguna parte del mundo.

Chichoneras.—Medianitas y sin pizca de gracia.

Sr. D. L. R.—Madrid.—La fabulita es menos que mediana. Cualquiera la tendría por mala del todo.

P. ta. K.—«La infeliz doña Marcela de frío dicen que murió...»

¡Caramba! Fijese usted en que al segundo verso le sobra una sílaba.

¿Quieres la firma?—¡No, hijo!

Risueño.—La composición es mala, y la hace parecer peor la circunstancia lamentable de estar escrita en aleyas.

Sr. D. A. M.—Madrid.—Lo malo del caso está en que yo no puedo recordar ahora la composición á que me refería. Y comprenderá usted que no es extraño, porque ¡lee uno tantas!

Sr. D. A. M. L.—Bilbao.—Pues... casi estoy por decir que tiene usted razón en la contestación que se da á sí propio. Los versos son pedestres y la composición deshilvanada como ella sola.

Sr. D. A. N.—Sevilla.—Con tanto dolor de nuestro corazón, no podemos admitir artículos.

Tomate.—Parece mentira que no tenga gracia eso, ¿verdad? Pues puedo jurar á usted que no la tiene.

El héroe de Gri. J.—¡Flojitos los cantares. No dé usted *pasas* así, con *o*, porque no saben á nada.

Rumias.—Vaya, gracias á Dios que hay quien se dedique todavía á la poesía bucólica. Lo malo es que no sabe usted lo que se pesca.

Caracuámbro.—¿Quieres un consejo sano?

¡No escribas más seguidillas ni vuelvas á poner mano sobre las *añes* cuartiles!

Con.—¡Hombre! ¿Otra oda á la luna? ¡Gracias á que ya no tiene habitantes! Pero ¿cómo se enfadarían ellos si existieran!

Rev. Madrid Cómico. Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL
MONTERA, 8, MADRID



Gras, los palos que tú das
nadie dice que son malos,
pues no hay en el mundo palos
como los que vendes, GRAS.
Alcalá, 40, y Príncipe, 22.



Modelo de uniforme de verano
para la infantería, con la preci-
sa condición de que las camisas
sean de Martínez, San Sebas-
tían, 2, que no se rompen nunca.

Tres cosas hay en Madrid
que son dignas de admirar,
el Museo de Pinturas,
una ópera en el Real
y el salón-peluquería
dirigido por Tomás
en el número cuarenta
de la calle de Alcalá.



COLECCIONES DE MADRID CÓMICO

Cada año, á contar desde 1888, se forma un magnífico tomo,
que se vende á los precios siguientes:
Sin encuadernar.—A los suscritores, 8 pesetas.—A los no
suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscri-
tores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas
ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo,
elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.

EL MONAGUILLO



La primera obligación
de una joven, al venir,
es que todos los perfumes
compre aquí,
¡compre aquí!



Pues señor, en el verano
bajo este sol que dialoca,
debe todo fiel cristiano
tener fresquita la boca.

(Por eso en el salón de den-
tista, Tirso, Mayor, 73, se ha
organizado servicio permanen-
te... ¡Porque como acude la mu-
chedumbre que es una bendi-
ción!)



—¿Se ha caído?—No señor,
llora porque quiere un tren
—Comprádselo de vapor
en el Bebé Parísien.

BARQUILLO, 6



—¡Aquí verán ustedes el in-
cendio de las Tullerías!

—¿De cuáles?

—Las de París.

—¡Ah! ¡Qué susto me ha da-
do usted! ¡Cree que era el restau-
rant Matute, 6, donde yo como como
un rey por 50 pesetas mensuales.



PERLA RÚSTICA DEL RETIRO

RESTAURANT.—Frente á la estatua de Espartaco

Gran Parque para comer al aire libre. Salón
para banquetes y bodas. Gabinetes independien-
tes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas
y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se re-
ciben encargos para dentro y fuera del Estable-
cimiento.



—Si usted se dignara aceptar
esta pulsera.

—No puedo, eso equivale á
comprometerme.

—Es de la joyería de SORIA,
Magdalena, 18.

—¡Ah! Entonces sí, la acepto.



—Entre estos dos millones y
este pantalón de casa de Pes-
quera, Magdalena, 20... ¿qué es-
cogeré, Dios mío?

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierdo

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO